

En la Sala Viña del Mar.-

Nemesio Antúnez y Taller 99

El miércoles 23 se inauguró la exposición "Nemesio Antúnez y Taller 99", que se presenta en Sala Viña del Mar, hasta el próximo 6 de febrero. La muestra, compuesta por 61 grabados de diferentes características, nos invita al universo personal de la depurada técnica y motivos de Nemesio Antúnez, y de algunos discípulos del Taller 99, que con más de tres décadas en el quehacer del grabado nacional, refleja la calidad alcanzada por estos jóvenes en la gráfica de los litos, maderas y ácidos.

Hablar de Antúnez es algo antagónico. Es fácil y difícil. Son muchas las cosas que podemos decir, pero muchas también las que podemos olvidar. Su actual responsabilidad como Director del Museo Nacional de Bellas Artes testimonia su importancia en la plástica nacional.

La treintena de grabados personales que ofrece en esta exposición nos llevan a las tanguerías, a la pasión del abrazo y la sensualidad de los cuerpos ondulantes, al movimiento capturado por el buril presto y talentoso, a las camas que ven la historia humana en sus tres momentos claves, el nacer, el amar y el morir, al dolor del torturado que se razga con los ácidos del aguafuerte magistral.

Al hablar de Antúnez, vuelven a cobrar vida las palabras que Neruda pronunció en Buenos Aires en junio de 1959, cuando se inauguraba una muestra del artista en la capital transandina. Recojo textualmente la descripción realizada por el poeta y posterior Premio Nobel:

"Tengo que hablar geográficamente del pintor Nemesio Antúnez. La gran belleza es una exploración aérea, lunática y terrestre. Si alguien llega al dilatado y angosto recinto de Chile hallará en su primera extensión Norte Grande, las regiones desérticas del salitre, del cobre; intemperie, silencio y lucha. Al extremo sur de mi patria las grandes latitudes frías que saltan desde el silencio patagónico hasta el Cabo de Hornos mil veces sobrevolado por el albatros errante. Y luego, la resplandeciente Antártida.

"Nemesio Antúnez, pintor, es parte de nuestro territorio, entre aquellos extremos. Entre Tarapacá y Aysén situaremos al longitudinal Antúnez. No tan seco como tierra salitral, ni tan frío como el continente nevado. Sus islas, sus manifestaciones florales, su ensimismada fecundidad, corresponden a la cintura central, en donde se juntan las uvas cargadas de azúcar con los peces, moluscos y frutos salados de la costa. Antúnez tiene esa transparencia lacustre, la fecundidad de un mundo auroral, tembloroso de nacimientos, en que polen, frutos, aves y volcanes conviven en la luz.

"No hay desorden en esta creación orgánica, ni tampoco miseria rectilínea. El color ha nacido de la profundidad y luego se ha encendido en su propio cenit, transformado por las estaciones, vinculada a la cambiante naturaleza. Su sátanismo es sólo la máscara del agua profunda: un misterioso pulso creó esta transparencia.

Las tierras Antúnez no son espacios vacíos. Hombres y cosas se integraron tiernamente en esta continua existencia y tienen vida, expansión, aroma propios e imborrables. Que los hombre y las mujeres contemplen, toquen y caminen esta Antúnez, pintor o tierra pura. Sentirán el aire fresco de la creación, la inocencia y la sabiduría de un espectáculo natural sin el cual no podrán seguir viviendo. Nos pasa así cuando conocemos la verdad.

Me han pedido que yo los invitara a esta cita, al torrenal esplendor de su pintura. Estoy contento. Creo que esta alegría los acompañará a ustedes para siempre".

Hoy, en Sala Viña del Mar, se abre una vez más, la ventana mágica del talento artístico de Antúnez. Esta vez, como fruto de la vida, junto a jóvenes discípulos que asumen el desafío de continuar en la noble senda del arte.

Jorge Salomó Flores.